

TERCER CONGRESO GENERAL DE HISTORIA DE NAVARRA
NAFARROAKO KONDAIRAREN HIRUGARREN BATZARRE OROKORRA

Pamplona, 20-23 septiembre de 1994



Área III. EL MUNDO DE LAS IDEAS

PONENCIA V CORRIENTES EUROPEAS EN LA EDUCACION NAVARRA

LA FORMACIÓN MÉDICA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII
A TRAVÉS DE LAS OBRAS DE DOS AUTORES
NAVARROS, JUAN HUARTE DE SAN JUAN Y DIEGO
DE AROZA.

CONCEPCIÓN CÁRCELES LABORDE

Universidad de Navarra

En¹ 1668, Juan Nogués, impresor de la Universidad, publica en Lérida la obra del doctor navarro de la villa de Garde Diego de Aroza², *Tesoro de las excelencias y utilidades de la Medicina y espejo del prudente y sabio médico*³. El libro, denso y erudito, está escrito con la clara intención de defender la dignidad de la Medicina y de trazar, siguiendo una fórmula literaria frecuente desde el siglo XVI, el retrato del buen médico. La semblanza de los grandes clásicos, Hipócrates, Galeno y Avicena, le sirve de base, pero sobre todo de pretexto para dejar constancia de los problemas de su época. Como tantos humanistas -y

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación «El humanismo pedagógico de Huarte de San Juan», financiado por el Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, según Orden Foral 516/1992.

² Diego DE AROZA, según proclama en la portada de su único libro conocido era «de nación navarro roncalés y natural de la villa de Garde». El apellido AROCA o AROZA, del término arotz que significa carpinteros, herreros, es de origen guipúzcoano, más concretamente de Mondragón, y cuenta con escudo nobiliario. En Navarra, en el siglo XVII, hemos localizado a Martín de Aroza, conocido boticario de Pamplona, a Lope de Aroza, beneficiado de Escároz y a Sancho de Aroza, de Igal. Los únicos datos que se poseen sobre Diego son los que se desprenden de su obra. No sabemos dónde realizó sus primeros estudios, pero sí que cursó los de la Facultad de Artes en Zaragoza donde tuvo como condiscipulo a Matías de Llera. Este llegó a ser catedrático de Aforismos de la Universidad de Zaragoza, médico de cámara de Carlos II y autor de célebres obras médicas. Por una de ellas sabemos que en 1666 contaba 43 años, lo que permite calcular la edad de su compañero Diego DE AROZA. Se puede afirmar, por tanto, que el navarro nació en el segundo decenio del siglo XVII. En 1639 estaría ya cursando Medicina pues nombra como profesor suyo a Jerónimo de Uguet, que fue catedrático de Prima durante dicho año académico. El grado de doctor debió obtenerlo antes de 1650, ya que los archivos universitarios zaragozanos de la primera mitad del XVII fueron destruidos durante la invasión francesa y no consta su nombre en fechas posteriores. Ejerció su profesión en las localidades de Alquézar, Benavarre, Aren y Lascarre. Cuando publica su obra, en 1668, era médico de Fonz, residencia de los obispos leridanos y ciudad natal de Pedro de Cerbuna, fundador de la Universidad de Zaragoza. El se califica de médico aldeano, pero también reconoce que «no se pasó día sin escribir una línea». Fue, como dice de él JIMÉNEZ CATALÁN, un «sabio», un hombre culto, amigo de las buenas letras y, a la vez, experto en los conocimientos y práctica de la Medicina. Según afirma, escribió su libro animado por un religioso que bien pudo ser Juan Jerónimo de Guzmán, catedrático de la Universidad de Zaragoza, médico de cámara de Felipe IV, protomédico de Aragón y de su ejército en Cataluña, que se ordenó de sacerdote en 1659, a quien AROZA, dedica su obra. También puede tratarse del P. Simón Plaza, jesuita, rector del convento de Graus, que escribe para AROZA un soneto en español y un epigrama en latín que figuran en el Tesoro.

³ El libro, de 16 hojas y 379 páginas, está dividido en catorce capítulos, más un sumario de la vida de Avicena, Hipócrates y Galeno, un Capítulo sobre Cirujanos y Boticarios, Documentos dirigidos al arte de Boticarios y una recopilación de las Epistolas familiares de Cicerón. En los capítulos centrales, además de desarrollar la cuestión principal que es la dignidad y nobleza de la Medicina y de los médicos, ofrece reflexiones, características del género misceláneo, sobre la educación de los hijos, los hábitos de estudio, calidad del agua, la importancia de la música, los beneficios del vino etc.

Aroza lo es- utiliza a los clásicos sin perspectiva histórica. A través de la ciencia y la cultura, se les considera implícitos en el presente, pero es éste el que realmente importa. En este sentido, el *Tesoro*, constituye una fuente digna de interés para conocer las preocupaciones que suscita en la segunda mitad del XVII la formación de los médicos.

No entra Aroza, salvo en pasajes concretos, en cuestiones específicas de su profesión. De carácter divulgativo, su obra está presidida por una voluntad pedagógica y educativa propia del Humanismo en cuyo radio de acción y de influencia hay, sin duda, que situarla. Más en concreto, Diego de Aroza continúa la línea abierta por el portugués Jorge Enríquez en su *Retrato de perfecto médico* (Salamanca, 1595). Ambos plantean la necesidad de una conducta ética irreprochable y de una sólida preparación intelectual. Este último aspecto es el que presenta mayores dificultades no sólo por contraste con la realidad y con los esfuerzos legislativos, sino también por el desarrollo de teorías como la de Huarte de San Juan, quien a finales del XVI había puesto en duda la posibilidad de una formación integral, tal y como Aroza defenderá casi un siglo más tarde.

Esta comunicación tiene como objetivo plantear una realidad educativa y, a la vez, presentar una figura interesante y prácticamente desconocida de la cultura navarra⁴.

⁴ Sobre Diego DE AROZA y su obra no hay un estudio en profundidad que le haga justicia. La primera referencia se encuentra en la Historia bibliográfica de la medicina española, de HERNÁNDEZ MOREJÓN (Madrid, 1842, Vol. VI). Santiago LARREGLA NOGUERA lo cita brevemente en Aulas médicas en Navarra (Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1952). El P. Mauricio DE IRIARTE le dedica un comentario breve pero interesante en su clásica obra El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios. Sin duda conocían bien la obra de AROZA y por ello invita a su investigación. Manuel JIMÉNEZ CATALÁN, en Memorias para la historia de la Universidad literaria de Zaragoza, se refiere a él al hacer la biografía de Juan Jerónimo Guzmán, y lo califica de «sabio». Hay también una reseña en la Gran Enciclopedia Navarra. Luis SÁNCHEZ GRANJEL es quien más se ha ocupado del autor navarro pero siempre en referencia a la historia de la medicina del siglo XVII. Llega a dedicarle un capítulo en su obra El Ejercicio Médico (Estudios de Historia de la medicina española, Vol. IV, Universidad de Salamanca, 1974, pgs. 137-147), titulado «La obra de Diego de Aroza. Un texto de historiografía médica y de ética profesional», pero se trata fundamentalmente de una descripción de los contenidos del libro.

LA DIGNIDAD DE LA MEDICINA

Desde el siglo XVI, existía entre los intelectuales una permanente discusión sobre las artes y las ciencias. Determinar su nobleza o importancia no era un recurso retórico sino una necesidad para esclarecer su estatuto epistemológico en un momento de grandes tensiones entre la tradición y las fuerzas renovadoras.

Aroza emprende el análisis de la Medicina fundamentando la dignidad del arte que profesa en su origen, su objeto formal y su historia. El primer aspecto no ofrece dudas. El saber médico proviene de Dios, fuente de todo conocimiento, por tanto «la Medicina en cuanto al Autor y principio es igual a las demás ciencias»⁵. Sin embargo, por su objeto formal -el cuerpo humano en cuanto que sanable- es superior a las demás. Esta afirmación, que en el *Tesoro* se desarrolla con cierto apasionamiento, es casi inevitable. Se trata de un episodio más de la vieja rencilla entre las ciencias impartidas en las Facultades Mayores. Admitida por todos la absoluta primacía de la ciencia teológica y la necesidad básica de la Filosofía, queda la batalla establecida entre la Medicina y el Derecho. Aroza se hace eco de la ya larga polémica entre médicos y juristas, aporta nuevos argumentos, nos remite a una bibliografía selecta sobre el tema, reconoce que es mejor no litigar y finalmente dejar rotunda constancia de que su ciencia es la más eminente. Para reforzar esta idea, imprime a su obra un carácter historicista. Es el pasado el que mejor puede abogar por la grandeza del arte y de la ciencia médica. Este recurso había sido utilizado ya por autores del siglo XVI, especialmente por Andrés Tiraquelo⁶ -una de las principales fuentes de Aroza- quien en su obra *De Nobilitate* recoge los nombres de cuatro papas, siete emperadores y cincuenta reyes médicos. En España, también en este siglo, habían tratado esta cuestión humanistas como Fray Antonio de Guevara, citado con frecuencia por el navarro, que escribe sobre los inventores del arte médica en sus *Epístolas familiares*, o Fray Juan de Pineda, cuya extensa obra enciclopédica, *Diálogos familiares de agricultura cristiana*, dedica algunos capítulos a la historia de la Medicina, utilizando también como principal fuente a Tiraquelo. En el siglo XVII, destaca Fray Esteban de Villa con el libro *La Vida de los Doze principes de la Medicina y de su origen*, publicada en Burgos en 1647, que servirá de inspiración a otros autores, aunque no al

⁵ Cfr. *Tesoro*, pg. 40.

⁶ Andrés TIRAQUELO (1480-1558), insigne magistrado francés, fue llamado el Varrón de su siglo por la amplitud de sus conocimientos. Su obra más interesante es *De Nobilitate et iure primogenitorum* (1574) en la que recoge lo más importante y curioso de las principales profesiones de su época.

de Garde que cita al monje benedictino, pero por otra de sus obras, el célebre *Examen de boticarios*.

DIGNIDAD DEL MÉDICO

Pero el verdadero sustento de la dignidad médica recae sobre el médico. Diego de Aroza insiste en la necesidad de que se tome conciencia de ello y de que se responda con una buena formación y una conducta irreprochable. El modelo o patrón que presenta es una réplica de los deseos colectivo respecto a estos profesionales. En realidad, la deontología del ejercicio médico estaba perfectamente establecida por la autoridad eclesiástica y civil⁷ y la lista de los pecados profesionales era motivo de constante reflexión⁸.

Sin embargo, desde el siglo anterior, el ejercicio de la Medicina, muy denostado por la opinión pública, contaba con abundantes testimonios literarios en contra. Especialmente célebre era el diálogo escrito un siglo antes por el Comendador griego, Hernán Núñez⁹ al que hay que sumar numerosos pasajes, sobre todo de la novela, en los que tan mal parado sale el matasano. La respuesta hay que buscarla en estas obras, típicas del platonismo renacentista, que a modo de retraso o espejo, muestran el ideal que esa época se ha forjado del buen médico. Como recuerda Diego de Aroza, es un intento ya realizado por otros autores como Rodrigo de Fonseca¹⁰ o el lusitano Jorge Enríquez. Habría que citar la obra del también portugués Alvarez de Miranda¹¹, así como fragmentos o capítulos de numerosos escritos médicos en los

⁷ Como recuerda AROZA, los principales preceptos respecto a la ética profesional provenían de Roma, pero además el poder temporal también intervenía en la conciencia médica. En 1581, por ejemplo, circulaba por Navarra una carta en nombre del rey que ordenaba a los médicos exigir la confesión de los enfermos graves, así como asistir gratuitamente a los pobres que lo requiriesen.

⁸ En este sentido, la fuente principal de AROZA es la obra de Tristán GASPAR, *De clerico medico. Curiosa disceptatio*, Patricum Mey, Valentiae, 1606.

⁹ Hernán NÚÑEZ DE GUZMÁN (1473-1552), humanista, catedrático de Salamanca y de Alcalá y uno de los más insignes helenistas españoles, era también conocido en la época por su aversión a los médicos que expresada en un diálogo que a lo largo del siglo XVI parece de obligada referencia cuando se tratan estas cuestiones.

¹⁰ De perfecto médico, *Romae apud Paulum de Dianis*, 1586.

¹¹ Diálogo del perfecto médico, *Lisboa*, 1562.

que se ofrecen pinceladas en este sentido. Pero la influencia más directa de Diego de Aroza es sin duda el libro de Enríquez. Ambos coinciden, sobre todo, en los valores ético-religiosos que ha de encarnar el buen profesional de la medicina. Ante todo, que sea hombre de piedad, temeroso de Dios; caritativo y limosnero con los pobres; capaz de guardar secreto y en general, poco hablador; humilde, aunque digno, para poder escuchar un consejo; generoso con sus conocimientos y nada envidioso respecto a sus colegas. El espíritu gremial es muy subrayado por Aroza porque además de una virtud es un buen mecanismo de defensa. Los dos autores se refieren también al porte externo, que no es signo de refinamiento sino de cierta madurez. Se trataba, además, de un aspecto de la convivencia que había cobrado gran importancia en el siglo anterior como manifestación última de los logros educativos¹².

Como es lógico pensar, este comportamiento no es fruto de la improvisación, sino de una formación adecuada cincelada a golpe de esfuerzo y de práctica. No es de extrañar, por tanto, que Aroza baje a la arena y dedique varios capítulos a consejos pedagógicos, en una implicación casi tutorial muy característica entre nuestros humanistas. Sus incursiones en el campo de la educación moral, casi siempre glosando la vida de Avicena que le sirve de soporte para este objetivo, no implica ninguna novedad. Es un discurso clásico dentro de la pedagogía cristiana con una clara impronta barroca. Esta pertenencia a su época se manifiesta sobre todo en el protagonismo de la voluntad y en una imperiosa llamada a la prudencia. Aunque el médico navarro no lo cite, ha leído a Baltasar Gracián, reproduce textualmente párrafos de sus obras¹³ -sin indicar su procedencia- y, en muchos pasajes, imita su estilo; pero, sobre todo, hay en Aroza una confianza en la capacidad humana de superación en la que se adivina el influjo del jesuita aragonés.

LA FORMACIÓN INTELECTUAL DEL MÉDICO

-Dificultades derivadas de la ignorancia y del intrusismo

¹² Cfr. Retrato del perfecto médico, fol. 10 a 16 y Tesoro, capítulos X y XI.

¹³ Por citar un ejemplo se puede señalar el segundo párrafo de la pg. 126 del Tesoro copiado textualmente de El Criticón, Vol. II, IV, pg. 123, según la edición de Miguel ROMERA NAVARRO.

Pero el aspecto más conflictivo de la formación médica no reside en la asimilación de unas virtudes éticas sobre las que todos están de acuerdo. Lo que se debate es la formación intelectual, en medio de serias dificultades. Por una parte, las que provienen de factores externos como son una extraña política aislacionista o una realidad social, en muchos aspectos anclada en la mentalidad medieval. Por otra, las que se derivan de la propia complejidad de la medicina, ciencia y arte al tiempo.

A finales del siglo XVII, y a pesar del anquilosamiento de la ciencia española, se perciben ya indicios de renovación o, al menos, una cierta inquietud. Diego de Aroza no pertenece sin duda a los *novatores*. Por otra parte, su situación como médico rural no parece propia para emprender una aventura intelectual de este tipo. Sin embargo, su enorme vocación universitaria le permite encarar el futuro con confianza y con amplitud de miras. Su fe en el progreso está claramente expuesta en el capítulo III de su obra, donde comenta que buena estaría la medicina si Galeno se hubiera visto coartado por Hipócrates; y que, si bien la antigüedad es venerable y reales sus caminos, los rompe siempre el tiempo. Y concluye: «No siempre las novedades son peligrosas, a veces conviene introducirlas. No se perfeccionaría el mundo sin innovarse»¹⁴. Tampoco esta vez el argumento es nuevo. La crítica a la autoridad de los clásicos y la sensatez de ponerlos en su sitio, es decir como puntos de referencia y no como losas inamovibles, habían sido manifestadas con lucidez por los mejores intelectuales del Humanismo. Aún así, la realidad era muy diferente, sobre todo en los reductos académicos aferrado a la lección de los autores, y en el caso de la Medicina, anclados en el galenismo. El autor del *Tesoro*, al menos, ha leído a Argenterio y a Van Helmont¹⁵, dos precursores de la disidencia a la medicina tradicional. Aunque el primero lo incluye en su seleccionada bibliografía médica, no puede evitar la cautela de añadir que su doctrina, como la de Fermelio, «por su mucha novedad, ni del todo se ha de admitir, ni del todo dexar de admitirla»¹⁶. Del científico belga, a quien considera «el mayor precursor de Galeno y de todas sus escuelas», retiene principalmente su defensa de la dignidad de la Medicina, pero también parece influido por su teoría -expuesta anteriormente por Paracelso- que concibe al médico como un

¹⁴ Tesoro, o.c., pg. 37.

¹⁵ Juan ARGENTERIO (1513-1572) intenta corregir algunas deficiencias de Galeno referente a su doctrina de las cualidades fisiológicas: el belga Juan Bautista VAN HELMONT (1578-1644) representa ya el auge arrollador en Europa de la ciencia nueva.

¹⁶ Tesoro, o.c., pg. 128.

colaborador de Dios en el gobierno terapéutico de la naturaleza, y no como a un mero subordinado de ésta¹⁷. Todo ello habla más de la avidez intelectual de Aroza que de una verdadera actitud renovadora. En realidad no es su intención entrar en esta polémica. Lo que persigue, fundamentalmente, es convencer de la necesidad de elevar la profesión por medio del estudio. Y en esto sí que entra el de Garde con todos los recursos de la persuasión. Más que batalla ideológica, su lucha es contra la ignorancia y la incultura de los médicos y contra la mentalidad supersticiosa de una gran parte de la sociedad de su época.

Lo que pide, casi exige, Diego de Aroza en su obra es que se impida el ejercicio profesional a los médicos empíricos, intrusos iletrados que en su vida han pisado una escuela. Cuando se refiere a ellos, la erudición cede ante la experiencia y el estilo, aligerado de la deuda con los clásicos, ya casi insoportable a estas alturas del siglo XVII, cobra mayor viveza. Lo que más le duele al navarro es que quienes tienen el deber de impedir esta situación, no lo hagan: «Y ha llegado a tanto el desatino destes hombres que con ánimo hostil no sólo han acometido casi con fuerza a los hombres ordinarios, y a cualquiera, sino hasta los Príncipes y Reyes y muchas Repúblicas que tienen inficionadas»¹⁸. En la práctica, los curanderos seguían siendo figuras no sólo aceptadas, sino populares. En parte, por ese sustrato mágico que aún permanece tan arraigado, pero, en gran parte también por la falta de médicos, sobre todo en las zonas rurales así como por las propias limitaciones y errores de la medicina académica. Teólogos y moralistas habían denunciado con contundencia a los ensalmadores y saludadores a quienes se acusaba de pactos diabólicos para sus curaciones. Pero los casos se multiplicaban y no siempre era fácil determinar escolásticamente quién era un embaucador y quién una persona con cierta intuición y experiencia. Muchos de los ensalmadores eran simplemente buenos conocedores de las propiedades curativas de las plantas que además dejaban obrar a la naturaleza, lo que podía evitar males mayores. Aroza, indignado, no distingue entre empíricos y enarbola contra todos ellos los grandes tratados de las supersticiones del siglo XVI, los de Ciruelo, Castañega y Martín del Río -tan detallista que la Inquisición le acusa de dar pistas para las prácticas hechiceriles- y el contemporáneo de Gaspar Navarro.

¹⁷ Tesoro, o.c., pgs. 34-35.

¹⁸ Tesoro, o.c., pg. 23. Muchos casos confirman las palabras de AROZA. SÁNCHEZ GRANJEL refiere, por ejemplo, como en 1696 un célebre saludador manchego fue llamado a la Corte para tratar a doña Mariana de Austria, madre de Carlos II, ante la impotencia de sus médicos para curarla (Cfr. La Medicina española en el siglo XVII, Univ. de Salamanca, 1978, pg. 122).

Aunque el autor del *Tesoro* le preocupa en conciencia una alianza demoníaca, lo que realmente le arrebató es que estos intrusos usurpen la función social que corresponde al verdadero médico y que las autoridades lo consientan incluso en contra de las mismas leyes.

Su queja no es gratuita. El joven navarro debió pasar primero por la escuela de latinidad -en Zaragoza, dicha escuela, adscrita a la Universidad, estaba regentada, desde 1609 por los jesuitas- donde además se impartían rudimentos de griego y de retórica. Examinado fundamentalmente de latín, Aroza pudo acceder a la Facultad de Artes que contaba, según los estatutos de 1618, con tres cátedras de Lógica, Filosofía y Física. Los estudios de Medicina, como era habitual, estaban establecidos en cuatro años y se cursaban las materias tradicionales, más Anatomía, Cirugía y Botánica, incorporada por los estatutos de 1625¹⁹. El estudiante de Garde, además, culminó su carrera con la licenciatura y el solemne acto del doctorado que se celebraba con desfile por las calles de la ciudad, precedido de timbales y clarines. Pero la batalla no había acabado. El ejercicio profesional requería además tres años de práctica con médico experimentado y un examen que será motivo de fricción entre los poderes locales, representados por los Colegios de médicos o cofradías y el poder central, representado por los protomédicos. El celo por defender esta competencia de supervisión y control supuso constantes acusaciones y litigios, sobre todo en las grandes ciudades de Aragón y Navarra a lo largo del siglo XVII. Aroza, por su condición de médico rural, bien relacionado con los medios universitarios -y tal vez también por razones de amistad- dirige sus quejas a los protomédicos, pero, sin duda, no ignoraba las dificultades de otros colegas sometidos a este fuego cruzado entre gremios y funcionarios. No es extraño, por tanto, que le indignen los intrusos, incluidos los médicos franceses que, como también denuncia, cada vez hacen más la competencia a los españoles²⁰. En efecto, las Cortes aragonesas reunidas en Zaragoza en 1646 excluyen a los franceses de todos los beneficios y dignidades eclesiásticas, así como de cargos relacionados con la justicia y la administración, pero

¹⁹ En Navarra, las Cortes de 1589, a instancias del promomédico y de la Cofradía de San Cosme y San Damián, establecen que los estudios de Medicina se reduzcan a cuatro años, rebajándolos así de los cinco cursos estipulados por ley de 1580. Sin embargo se mantienen los tres años de prácticas con médico experimentado. A pesar de estas disposiciones la calidad de la actuación médica no debió mejorar como prueba el célebre Memorial de los enfermos de todos los hospitales del Reyno, quejándose a las Cortes de los malos médicos que había (1695).

²⁰ Cfr. *Tesoro*, pg. 50.

nada se dice de la Medicina, lo que supone un nuevo agravio comparativo para Aroza que recuerda cómo Navarra defiende mejor el derecho de sus naturales.

-DIFICULTADES DERIVADAS DE LA MEDICINA COMO ARTE Y CIENCIA

Hay por tanto en la obra de Aroza un testimonio de primera mano de las tensiones y dificultades que soporta la medicina. Hay que añadir además, como se ha dicho al comienzo, la que se desprende de su propia condición de arte y ciencia. La cuestión de fondo que se plantea es si existe la posibilidad de abarcar el vasto campo de conocimientos científicos y ser a la vez un buen clínico. Esta duda apunta al concepto moderno de especialización frente a la visión tradicional de la unidad y armonía de los saberes. Ante el ideal humanístico de hombre universal, el mundo intelectual comienza a oponer la figura del experto. Es la sustitución del sabio por el técnico. Aunque las épocas parecen cambiadas, es Huarte de San Juan, a finales del siglo XVI, quien representa esta tendencia especializada y el primero en elevarla a teoría. Diego de Aroza, casi un siglo después, abogará por la opinión contraria, que era también la más comúnmente sostenida. Precisamente el mismo año en que aparece el *Tesoro*, se publica en Amberes la obra de Juan Torres y Valcárcel *Espejo de la filosofía y compendio de toda la medicina*, que tendrá una edición en Pamplona en siglo XVIII. Es un tratado a modo escolástico, que subraya esta doble dimensión de la medicina. Su autor llega a afirmar que el médico que ignora la teoría y la práctica «pecaría de tal modo que, a mi juicio, ningún juez o confesor le podría absolver»²¹.

Aroza defiende la misma idea pero al modo retórico, conmoviendo, inculcando lo que él ya poseía, un intenso amor por el saber y por el estudio, pero anclado en la realidad, útil y beneficioso.

Si algo queda claro en el *Tesoro* es que la formación intelectual del médico ha de ser integral. El humanismo tardío de Aroza, casi en puertas ya del movimiento ilustrado, sigue siendo fiel a los principios pedagógicos de los *studia humanitatis*. Según él, el estudiante de medicina ha de tener una buena preparación filosófica. Este deseo estaba también de acuerdo con la normativa académica que exigía, para las Facultades Mayores, el paso previo por la Facultad de Artes. Pero lo que Aroza

²¹ TORRES Y VALCÁRCEL, J.: *Espejo de la filosofía y compendio de toda la medicina*, Pamplona, 1715, pg. 7.

propone no es cubrir un expediente, como se hacía en muchos casos, sino asimilar realmente los contenidos de las disciplinas liberales y de las ciencias filosóficas, antes y después de la carrera. Este interés cultural como la base formativa idónea para el desarrollo personal y profesional -y además de manera permanente, como quehacer vital- había sido la clave de la educación en el siglo anterior.

Una vez más, ese buen preceptor que es Aroza, consciente de la amplitud de la tarea propuesta, sale en ayuda del discípulo y pone a su servicio su erudición y su experiencia como hombre de letras y como médico. En los consejos prácticos que dicta se percibe enseguida al estudioso impenitente que él mismo debió ser. Especialmente dedica esta cuestión el capítulo VII y VIII de su obra. Ambos comienzan avisando a los estudiantes de la necesidad de orar y de encomendarse a Dios, sobre todo cuando hace falta mayor iluminación. Avicena, moro, pero hombre de gran piedad, así lo hacía. Sigue animando a estudiar todos los días, mejor por la mañana, según dicta la Filosofía Natural, y una cosa de cada vez, con atención, reflexión y orden. Recomienda hacer anotaciones y tener pocos libros pero bien seleccionados, o sea que se llenen antes los anaqueles que el cerebro. Pero sobre todo insiste en el papel de la memoria y da recetas para su conservación, aumento y desarrollo. Entre ellas, las pasas en aguardiente, el vino -al que le dedica un capítulo laudatorio (cap. IX) muy influido por la obra del médico corellano del siglo XVI Alfonso López- naturalmente con moderación; y para los intelectuales, mejor el blanco o el clarete llamado «ojo de gallo» y finalmente, las píldoras de anacardina. Al llegar a este punto, el médico puede con el humanista y Aroza se extiende en minuciosas explicaciones para su preparación tan curiosas como significativas de su actualización médica. Aunque remata diciendo con Quintiliano que lo mejor para la memoria es ejercitarla.

Así pertrechado, el alumno puede enfrentarse con los estudios de medicina y, por si encuentra dificultades, Aroza le indica una bibliografía selecta de autores clásicos, pero sobre todo modernos. Después pondrá de nuevo la mano en las otras disciplinas, ya que el médico «para ser bueno y docto ha de ser universal en todas las ciencias»²². Por tanto ha de ser, en primer lugar, gramático, esto es latino, para poder leer a los autores. Más tarde, en el apartado dedicado a los Boticarios, insistirá en que también ellos sepan latín para poder conocer su arte. Esta es otra de las batallas de la época reflejada en el *Tesoro*, la emprendida contra la escasa o nula formación de

²² *Tesoro*, pg. 72.

los farmacéuticos y su particular picaresca. Otro insigne navarro, el tudelano Miguel Martínez de Leache, había escrito unos años antes, en 1662, una obra en el mismo sentido titulada: *Tratado de las condiciones que ha de tener el boticario para ser docto en su arte*, impresa en Zaragoza. Es, como la de Aroza, un intento de retrato o espejo de estos profesionales, subrayando la necesidad de elevar su formación (que sean piadosos y de buena conciencia, generosos con los pobres y de ánimo liberal, humildes y poco dados al juego y a la bebida) y su instrucción, sobre todo en lo que respecta al estudio del latín (capítulo II). Al menos, dice, que cumplan las leyes que en Navarra estaban muy claras: «Nuestro Reyno de Navarra -explica Martínez de Leache- como tan atento a la dirección de sus aciertos, considerando los daños tan grandes que se podrían seguir no siendo el boticario bien entendido en su facultad y buen latino para ver de examinarse en este Reyno lo puso por ley, como consta de la Recopilación de leyes del señor don Martín de Eusa, oidor que fue de este Reyno, pues en el Lib. 4, Título 23, lex 10, dice así: "los Boticarios sean latinos de manera que puedan entender muy bien los autores a quien han de seguir"»²³. Aroza propone incluso que estudien algo de Lógica, aunque se conformaría con que supiesen leer sus recetas y no la discutan²⁴.

Volviendo a los médicos, el de Garde repasa todo el *curriculum* de la época y les pide que sean arquitectos, geómetras, geógrafos, músicos, filósofos y teólogos. Estos conocimientos, que pueden sorprender a primera vista, están justificados en el plan de Aroza. El cree, como los grandes clásicos de su arte y como los autores renacentistas, que el buen médico ha de tener una cultura general suficiente como para saber, en un momento dado, qué condiciones higiénicas son las mejores para una vivienda, qué música puede curar a un melancólico o cómo resolver un caso de conciencia. No se trata de ser un experto en cada materia, ni un erudito, sino de tener la mente abierta y una inteligencia cultivada.

En cuanto al ejercicio médico, descansa sobre la ciencia, la prudencia y la experiencia. Pero la prudencia, dice, no se mide por la edad sino por la madurez alcanzada por una buena formación y por la humildad que hace posible pedir consejo. La conclusión de Aroza, repetida a lo largo de todo el libro, es que un buen médico es un médico sabio. Curándose en salud, advierte que éstos muchas veces se

²³ MARTÍNEZ DE LEACHE, M.: *Tratado de las condiciones que ha de tener el boticario para ser docto en su arte*, Im. Herederos de Pedro Lanuza, Zaragoza, 1662.

²⁴ Cfr. Tesoro, pg. 301.

equivocan, mientras que hay iletrados que parecen tener de cara la fortuna. Eso mismo parece pensar la mayoría de sus contemporáneos. Hay incluso una reacción naturalista que desconfía de los alambicados métodos de la medicina académica y que se vuelve hacia los remedios simples y en romance. Es casi un tópico de la literatura renegar de las purgas y las sangrías, de los silogismos y los latines y en general de esos galenos que, como dice Torquemada tienen todo su saber «en el pico de la lengua, alegando textos y autoridades»²⁵. Al médico se le pide que sea un buen teórico y buen práctico, pero sobre todo que acierte en el pronóstico, tres aspectos que Aroza también desea, pero que considera unidos, o al menos suficientemente garantizados, si se da la primera condición.

Apenas un siglo antes, otro médico navarro, el doctor Huarte de San Juan había negado esta figura médica completa y acabada. Si no se daba en la realidad -como parecía ser la experiencia común- es porque no era posible. Su teoría, expuesta en el capítulo XII del *Examen de Ingenios para las ciencias* (1575) es que la práctica de la medicina, como en general todas las habilidades intelectuales prácticas, depende de la imaginativa; y la teórica, en parte, del entendimiento y en parte, de la memoria. Estas facultades responden a un desarrollo cerebral determinado por los humores, que a su vez dependen de la edad, el clima, el sexo, la alimentación y la herencia biológica. Es la tesis huartiana, muy compleja para resumirla brevemente, pero que se puede intentar enunciando su principal consecuencia, es decir que a cada persona corresponde un tipo de ingenio y a cada ingenio, un tipo de arte o ciencia y que todo ello viene predeterminado por factores físicos, biológicos y genéticos. Como, para él, es imposible juntar un buen entendimiento y buena imaginativa, es imposible que un buen médico sea a la vez un erudito, un científico, y un buen clínico. Lo útil es por tanto conocer bien la propia naturaleza para aplicarse de acuerdo con sus dictados y no empeñarse en vano contra ella. En el caso de la Medicina y ante la necesidad de elegir, es preferible que la facultad dominante sea la que inclina a la práctica y, por tanto, a la eficacia.

Huarte buen observador de la realidad, ha puesto sobre el tapete uno de los problemas más comentados de su época: los médicos teóricos no curan. Pero es más, ellos mismos reconocen su impotencia. Conocida es la anécdota que rueda de libro en libro, de un prestigioso galeno, Juan Argenterio, que se preguntaba a qué

²⁵ TORQUEMADA, A.: Coloquios satíricos, edición de Bilbao, 1584. Fol. 52.

causa se debía que con tantos estudios no acertara jamás a sanar a un enfermo. También a Huarte, según refiere, un amigo suyo en gran secreto le planteó la misma cuestión: «al cual recuerdo haberle respondido que con una potencia se aprendía el arte de la medicina y con otra se ponía en ejecución. Este tenía un buen entendimiento y era falto de imaginativa»²⁶. El entendimiento es, por otra parte y según él, la facultad predominante del ingenio español. El siguiente problema, por tanto, es saber quien queda en España capaz de una medicina efectiva, a lo que Huarte constesta que la raza genéticamente imaginativa que es la raza judía. Como toda teoría cerrada, la teoría huartiana puede explicar cualquier fenómeno que caiga bajo su radio de acción. En este caso, Huarte corrobora lo que todo el mundo sabe porque constituye una realidad social, los médicos más prestigiosos, pese al recelo que despiertan en esta época, son los judíos. Lo que no puede resolver es cómo, una vez abierta esta división entre teoría y praxis, va a poder desarrollarse la ciencia médica. Tampoco llega a una conclusión satisfactoria respecto a una formación que, sin duda, ha de ser distinta.

«Pero hay en esta doctrina una dificultad muy grande reconoce. Y es: ¿cómo pueden los médicos de grande imaginativa aprender el arte de medicina siendo faltos de entendimiento? Y si es verdad que curan mejor que los que la saben muy bien, ¿de qué sirve ir a aprender en las Escuelas?»²⁷. A esto responde que con dos o tres años -y ese mínimo de entendimiento que pueden tener los imaginativos- es posible aprender las cosas comunes y vulgares del arte médico, que son las que realmente sirven para curar.

Huarte, sinceramente convencido de su tesis, probablemente no tuvo en cuenta que convertía al verdadero médico en un empírico barnizado con una mano de conocimientos, pero poco más. Lo que deja en suspenso no es sólo este problema concreto, sino toda la formación intelectual. Si la propia medicina no puede integrar sus saberes, qué decir de los restantes. Lejos queda la ilusión del hombre universal producto del poder de la cultura sobre la naturaleza. Es ésta la que impone sus fueros y determina las diferentes capacidades intelectuales. Huarte descubre la importancia de la dotación genética y la dependencia orgánica de las funciones superiores, pero

²⁶ HUARTE DE SAN JUAN, J.: Examen de ingenios para las ciencias, edit. Cátedra, Madrid, 1989, pg. 501.

²⁷ Idem.

silencia el papel de la voluntad. Deja abierto un importante campo de investigación, pero también numerosos interrogantes.

Frente a esta visión, se mantiene una corriente humanística cada vez más acosada por la realidad de la expansión científica y la especialización. Sus principales puntos de apoyo son la confianza en la libertad para superar obstáculos y limitaciones y la creencia en la organicidad del saber. En esta tendencia hay que situar a Diego de Aroza. Su obra no representa, sin duda, una novedad pero, aparte de otros méritos literarios, su mayor aportación es reafirmar, como habían hecho tantos humanistas, su fe en la posibilidad de realizar o de intentar al menos un ideal de perfección, que en su caso es el del médico sabio y prudente, culto y experto, tal como él mismo debió ser.

FUENTES PRINCIPALES

ALVAREZ DE MIRANDA, B.: *Diálogo del perfecto médico*, Lisboa, 1562. Ed. M.E. Mingote, Editora Nacional, Madrid, 1983.

AROZA, D.: *Tesoro de las excelencias y utilidades de la medicina y espejo del prudente y sabio médico, enriquecido e iluminado con varia lección*, Juan Nogués, Impresor de la ciudad y su Universidad, Lérida, 1668.

ENRÍQUEZ, J.E.: *Retrato del perfecto médico*, en casa de Juan y Andrés Renaut, impresores, Salamanca, 1595.

Fueros, observancias y actos de Corte del Reino de Aragón, edición facsimilar de la de Pascual Savall y Dronda y Santiago Penén y Debesa (1866), Zaragoza, 1991.

HUARTE DE SAN JUAN, J.: *Examen de ingenios para las ciencias*, edit. Cátedra, Madrid, 1989 (según la edición *princeps* de 1575 y la de Pamplona, de 1578).

MARTÍNEZ DE LEACHE, M.: *Tratado de las condiciones que ha de tener el boticario para ser docto en su arte*, Imp. Herederos de Pedro Lanuza, Zaragoza, 1662.

TORRES Y VALCÁRCEL, J.: *Espejo de la filosofía y compendio de toda la medicina* (edición *princeps* 1668), Pamplona, 1715.

BIBLIOGRAFÍA

HERNÁNDEZ MOREJÓN, A.: *Historia bibliográfica de la medicina española*, Madrid, 1842-1852. Vol. VI.

Historia de la Universidad de Zaragoza, Editora Nacional, Madrid, 1983.

IRIARTE, M. de: *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios. Contribución a la historia de la psicología diferencial*, Madrid, 1948.

JIMÉNEZ CATALÁN, M.: *Memorial para la historia de la Universidad literaria de Zaragoza*, Zaragoza, tip. La Académica, 1926.

LARREGLA NOGUERA, S.: *Aulas médicas en Navarra. Crónica de un movimiento cultural*. Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1952.

LÓPEZ PIÑERO, J.M.: *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Edit. Labor Universitaria, Barcelona, 1979.

MUÑOZ GARRIDO, R.: «Empíricos sanitarios españoles en los siglos XVI y XVII», *Cuadernos de historia de la medicina española*, 6 (1976), 116.

SÁNCHEZ GRANJEL, L.: *Historia de la medicina vasca*, Instituto de Historia de la medicina española y euskal medikutzaren historia-mintegia, Salamanca, 1983.

SÁNCHEZ GRANJEL, L.: *La medicina española en el siglo XVII*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1973.

SÁNCHEZ GRANJEL, L.: *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*, Instituto de Historia de la medicina española, Salamanca, 1974.